

GEOPOLÍTICA · MUNDIAL 2026

Mundial 2026: geopolítica y poder detrás de la pelota

Por Felipe Daniel Barrientos · Voces de Internacionalizarse

El Mundial de la FIFA 2026 arrancó sobre el césped de Norteamérica, pero el verdadero torneo se está jugando en los despachos de política exterior, las oficinas de migración y las salas de guerra.

En un planeta fragmentado por el colapso del orden internacional de posguerra, esta Copa del Mundo de 48 equipos se ha convertido en el reflejo más crudo de la hiperpolitización del deporte. Lejos de la narrativa oficial de “unidad global” de la FIFA, el torneo expone las fallas tectónicas de las Relaciones Internacionales contemporáneas.

El frente interno: la “cena de anfitriones” en conflicto

La segunda administración de Donald Trump ha impuesto en Estados Unidos un sello de línea dura que choca frontalmente con la logística de un evento internacional. La presencia activa de agentes del ICE (Servicio de Inmigración y Control de Aduanas) en los alrededores de las sedes estadounidenses ha desatado alarmas globales, protestas de trabajadores locales y la condena explícita de gobiernos extranjeros tras las redadas migratorias previas al torneo.

El contraste es brutal: el mismo país que se ofrece como anfitrión del espectáculo más visto del planeta despliega su aparato de control fronterizo sobre quienes vienen a protagonizarlo.

La guerra de visas y el filtro de seguridad

El “poder blando” de la hospitalidad estadounidense se ha visto fuertemente tensionado por las restricciones de viaje y los exhaustivos controles

fronterizos. Cuatro de los países clasificados sufren restricciones de entrada por parte de Washington: Haití e Irán enfrentan prohibiciones totales, mientras que Costa de Marfil y Senegal lidian con restricciones parciales. La distinción importa: jugadores, cuerpos técnicos y familiares directos quedan exentos por una excepción deportiva; los hinchas comunes de esas naciones, en cambio, no pueden obtener la visa de turista necesaria para asistir a los partidos en suelo estadounidense.

Los incidentes diplomáticos en las fronteras ya se acumulan:

- El capitán iraquí **Aymen Hussein** —que llevó a su país a su primer Mundial en cuarenta años— fue retenido durante siete horas de interrogatorio y revisión telefónica al aterrizar en Chicago. A él lo dejaron pasar; al fotógrafo oficial de la selección, Talal Salah, lo retuvieron más de diez horas y le negaron la entrada pese a contar con visa válida y acreditación de la FIFA.
- Al árbitro somalí **Omar Artan** —nombrado mejor árbitro de África en 2025 y primer somalí designado para un Mundial— se le prohibió la entrada en Miami tras once horas de interrogatorio. Washington alegó vínculos con sospechosos de organizaciones terroristas, sin presentar pruebas públicas. Artan, que tenía visa y documentación en regla, fue devuelto a Estambul y recibido como héroe en Mogadiscio.
- La delegación de **Senegal** denunció revisiones corporales humillantes en la propia pista de aterrizaje.

Como efecto secundario aparece el encarecimiento de los vuelos, agravado por la escalada bélica con Irán, y la imposición inicial de una fianza de hasta 15.000 dólares para visas de turismo de ciertos países —luego eximida bajo presión para los titulares de entradas—. Con ese telón de fondo, las proyecciones de turismo internacional del Sur Global han caído drásticamente.

El césped como espejo de los conflictos armados

Por primera vez en la historia contemporánea coinciden en un torneo delegaciones de países involucrados, de forma directa o indirecta, en conflictos de escala global. La exclusión total de Rusia contrasta con la participación de otras naciones en situaciones de altísima tensión geopolítica.

El caso más crítico es el de **Irán**. En medio de la escalada bélica en Oriente Próximo, la participación del “Team Melli” está cargada de fricciones simbólicas. La tensión escaló a tal punto que la FIFA autorizó a la selección iraní a trasladar su base de entrenamiento desde Arizona hacia Tijuana, en México, para garantizar la seguridad de su delegación. Asimismo, la FIFA revocó la cuota de miles de entradas que correspondían a la federación iraní para sus aficionados, vaciando políticamente sus tribunas en suelo estadounidense.

El “sportswashing” y la financiación global

Mientras el bloque norteamericano lidia con sus fronteras, los petroestados del Golfo —Arabia Saudita, Qatar— y diversos fondos transnacionales observan el torneo como la validación de sus gigantescas inversiones en el fútbol de clubes europeo.

El presidente de la FIFA, **Gianni Infantino**, se mueve con comodidad en esta diplomacia de líderes fuertes: en el sorteo del Mundial, celebrado en diciembre de 2025 en el Kennedy Center de Washington, entregó a Donald Trump el inédito “Premio de la Paz de la FIFA”, un galardón recién creado y de criterios de selección opacos que motivó denuncias por vulnerar el deber de neutralidad política del organismo. Para regímenes bajo escrutinio internacional, el éxito o la influencia dentro de este Mundial expandido representan la máxima herramienta de relaciones públicas.

La teoría de Joseph Nye frente a la realidad de las fronteras

Este megaevento, con su formato inédito de 48 equipos, fue diseñado para ser el ejercicio de *soft power* más grande de la historia en suelo norteamericano. Sin embargo, la fricción de la política real en este 2026 está transformando la cancha en un espejo de las fracturas globales.

El concepto, acuñado por el politólogo Joseph Nye en los años noventa, define el *soft power* como la capacidad de una nación para influir y atraer a otros actores a través de su cultura, sus valores políticos y su hospitalidad, en lugar de recurrir a la fuerza militar o al dinero (*hard power*). Bajo el lema “WE ARE

26”, la alianza entre Estados Unidos, México y Canadá buscaba proyectar una imagen de integración regional, estabilidad y apertura democrática.

Pero el torneo ha chocado de frente con las duras agendas domésticas. Mientras la FIFA promueve la neutralidad, el Departamento de Estado priorizó la seguridad nacional: el resultado fue la denegación de visados a miles de aficionados de África y Oriente Medio, e incluso a miembros de cuerpos técnicos. La fuerte presencia del ICE en los alrededores de estadios clave —como el SoFi Stadium de Los Ángeles— empañó la vitrina de “bienvenida global” que se pretendía vender, al punto de que más de un centenar de organizaciones de la sociedad civil emitieron advertencias de viaje.

La pregunta se impone: ¿fue el Mundial 2026 el supercargador del *soft power* estadounidense o un autogol diplomático?

El Sur Global y la diplomacia del fútbol

A pesar de los filtros norteamericanos, la ampliación del torneo a 48 selecciones funciona como un reflejo directo de la transición hacia un mundo multipolar. Para las federaciones de Asia, África y la Concacaf, tener más asientos en la mesa no es solo un logro deportivo: es una plataforma de reconocimiento soberano.

Cuando una selección como Marruecos o Egipto compite de igual a igual ante los gigantes europeos, la narrativa trasciende el césped y se convierte en herramienta de patriotismo y validación geopolítica para gobiernos que buscan legitimar su gestión y desviar la atención de sus desafíos económicos internos.

El veredicto político

El Mundial 2026 expone una profunda paradoja contemporánea: el fútbol sigue siendo el único lenguaje cultural verdaderamente universal, pero los Estados ya no lo utilizan para tender puentes, sino como escenario de autoglorificación y exclusión estratégica.

El torneo demuestra que el *soft power* no puede operar en el vacío. Cuando el espectáculo de masas se gestiona bajo lógicas de sospecha, fronteras

cerradas y beneficios puramente corporativos, la diplomacia del fútbol pierde su capacidad de seducción y se convierte en un recordatorio de nuestras divisiones. En este 2026, la pelota no se mancha, pero la política internacional definitivamente la condiciona.

Fuentes consultadas: ESPN, CNN, Time, Al Jazeera, NPR, Council on Foreign Relations, Associated Press y comunicado oficial de la FIFA. Verificación factual a cargo de la redacción de Internacionalizarse.

Felipe Daniel Barrientos es licenciado en Relaciones Internacionales y colaborador de Internacionalizarse. Las opiniones vertidas en la sección Voces son responsabilidad de sus autores.